
Lectura bíblica de la Reconciliación

Isabel Corpas de Posada*

La historia de la salvación es la historia de la invitación de Dios a entrar en relación con él y de la respuesta del hombre a este ofrecimiento. En ella se tejen la historia de fe y la historia de pecado que el hombre ha ido construyendo a lo largo de los siglos. Así, el amor de Dios, junto con la respuesta positiva y negativa del hombre a su amor, constituyen la trama de la historia de la salvación que es historia de la reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

La alianza veterotestamentaria es un pacto de amistad siempre renovada de Dios con su pueblo, que, como toda alianza, exige y realiza un cambio: en este caso, cambio de actitud, de orientación, de mentali-

dad, de vida. Que es lo mismo que conversión.

Pero una y otra vez el pueblo israelita olvida. Se aleja del camino que Dios le propone y se construye uno propio. Y Dios sigue llamando, ofreciendo, perdonando sin cesar, a través de diversos medios y circunstancias.

Y es que la conversión del hombre y el perdón de Dios son los dos polos de la reconciliación del hombre con Dios y con los otros.

La Nueva Alianza en Jesucristo es la reconciliación definitiva entre el hombre y Dios que también opera un cambio: es la Nueva Vida

* Magister en Teología, Profesora en la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

en el Espíritu, el Hombre Nuevo en Jesucristo.

Pero el hombre, una y otra vez, pierde de vista su punto de referencia y se separa de Jesucristo, que es el Camino, haciendo sus propios caminos. Y Cristo sigue reconciliando al hombre: consigo mismo, con los otros, con Dios.

Aquí podemos ya adelantar que la reconciliación es la constante del Antiguo Testamento, es el mensaje y la obra de Cristo, es, también, la misión de la Iglesia.

Teniendo como punto focal la buena nueva de la reconciliación que por Cristo Dios ofrece a los hombres, vamos a leer en la Escritura, no como biblistas sino como cristianos, aquellos textos que evidencian la experiencia humana de alejamiento de Dios y de reconciliación. Por ello nos ocuparemos de la preparación histórica de la reconciliación en el Antiguo Testamento, luego en la acción reconciliadora que caracteriza la actividad de Jesús de Nazareth y que él delega a sus seguidores y, por último podremos identificar en los escritos neotestamentarios la conciencia que tiene la Iglesia primitiva del ministerio de la reconciliación. Antes conviene poner de presente la prehistoria del pecado y la reconciliación que la Escritura propone.

1. PREHISTORIA BIBLICA DEL PECADO Y LA RECONCILIACION

1.1. El origen del desorden en el mundo.

Para el israelita, que leía en su historia la acción salvadora de su Dios, a la vez que descubría los desvíos del pueblo por el rechazo a esa acción, ambas realidades existenciales debían tener un origen. Un comienzo.

Los primeros capítulos del Génesis, a manera de prólogo al credo histórico israelita (Dt 26, 5ss) que el mismo libro desarrolla y profundiza, representan la respuesta: la creación viene de Dios y es el marco de la salvación experimentada por el pueblo; el desorden, que no viene de Dios, tiene al hombre como origen.

Dos textos presentan la ruptura de la comunión entre los hombres y de éstos con Dios, como origen de la experiencia histórica del mal; todo el Antiguo Testamento destaca el afán divino por restablecer la comunión de los hombres entre sí y con Dios.

1.1.1 *Ruptura de la comunión de la pareja*

El punto de partida de los relatos del Génesis es la comunión del hombre con Dios, consigo mismo y con el otro, con la naturaleza. La armonía resplandece tanto en el texto sacerdotal como en el yahvista, pretendiendo ambos destacar el orden proveniente de Dios frente al desorden anterior y al existente en el mundo del hombre, pero que no procede de Dios.

El Paraíso sirve como escenario para la dramatización del origen del desorden entre los hombres a nivel

conyugal (Gen 3, 1-24). Sin entrar en detalles exegéticos, observemos algunos aspectos significativos para nuestro estudio. El primero, la propuesta que el autor sagrado pone en boca de la serpiente: "Seréis como dioses" (Gen 3,4).

La invitación apunta a construir un proyecto en el que el hombre niega su creaturalidad y su relación con Dios, se declara autosuficiente porque quiere bastarse a sí mismo y no depender de Dios. Las consecuencias de este proyecto de espaldas a Dios es la ruptura de la armonía y la comunión.

El efecto inmediato y primero en la narración es la ruptura de la comunión con Dios, cuya presencia inspira temor a la pareja. (v.8). Y es ruptura de la propia armonía: la experiencia de desnudez es la experiencia de vergüenza (v. 10). Es ruptura de la comunión y la armonía de la pareja: "La mujer que me diste por compañera" se ha convertido en seductora (v. 12); la igualdad varón-mujer resulta en dominio del varón sobre la mujer (v. 16); el encuentro de la pareja es remplazado por el deseo, que el autor yahvista atribuye a la mujer (v. 16). Es ruptura de la armonía y comunión de la pareja con la naturaleza, que se traduce en la división de oficios: para el varón la tierra y para la mujer los hijos. Dolor en la relación con la tierra. Dolor en la maternidad.

1.1.2 Ruptura de la armonía entre los hombres

Una vega en el país de Senar sirve esta vez como escenario para la

dramatización que el yahvista hace del origen de las divisiones entre los hombres y los pueblos (Gen 11,1-9)

De esta narración también podemos destacar algunos datos valiosos. El más importante, la motivación que tienen los hombres para construir la ciudad y la torre con la cúspide en los cielos: "hagámonos famosos" (Gen 11,4).

Una vez más aparece el proyecto humano marcado por la autosuficiencia, por la ambición, por el rechazo a depender de Dios. Es el proyecto de espaldas a Dios cuya consecuencia es la incompreensión, la división, la dispersión, la confusión de lenguas que contrasta con el comienzo del relato: "Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras" (Gen 11,1).

Llama la atención el que la ciudad que iban a construir como símbolo de su unidad cuando se dispersaran, se constituye en símbolo de su dispersión, no de su unión. Porque no contaron con Dios en su proyecto. Y es que el desorden entre los pueblos y naciones no tiene a Dios por origen, sino al hombre que, con su proyecto, destruye el entendimiento y la armonía queridos por Dios.

1.2 Hacia la reconciliación del hombre con Dios

Los pecados de Adán y Eva, de Caín, de Lamec, los matrimonios de los ángeles, la torre de Babel, son las etapas del camino que separa cada vez más al hombre de Dios. Esta sucesión de relatos intenta de-

mostrar el abismo cada vez mayor entre el hombre y Dios. Pero Dios reacciona ante estos estallidos del pecado humano con severos juicios. El castigo de Adán y Eva, el de Caín, el Diluvio, la dispersión y destrucción de la unidad de los hombres. Así, al concluir la historia de los orígenes surge la pregunta: la relación futura de Dios con la humanidad rebelde esparcida en fragmentos.

Es evidente que la Escritura quiere mostrar, todo el tiempo, el amor gratuito y misericordioso de Dios que reinicia la relación con el hombre ofreciéndole una nueva oportunidad.

El diluvio representa un nuevo comienzo, el orden restablecido, una nueva bendición: "Vosotros, pues, sed fecundos y multiplicaos; y pululad en la tierra y dominadla" (Gen 10,7). Es la alianza de Dios con Noé y sus descendientes (Gen 10,8-17).

La torre de Babel constituye el último capítulo de la historia de los orígenes: historia de bendición y castigo, de comunión y ruptura, de armonía y división que abarca a la humanidad entera. La genealogía de los patriarcas empata el acontecimiento de Babel con la historia de un hombre, Abraham, en quien se focalizan la bendición y la promesa divinas pero con proyección universalista: "Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra" (Gen 12,3).

La llamada de Dios a Abraham y su respuesta, la alianza pactada, la promesa divina, interrumpen casi bruscamente la historia de los orígenes para dar comienzo a la historia

sagrada —historia del amor salvador de Dios— que el pueblo israelita va a identificar en los acontecimientos concretos de su historia como cumplimiento de la llamada, la alianza y la promesa iniciadas en Abraham.

1.3 Reflexión neotestamentaria sobre el origen del desorden

El apóstol Pablo reflexiona también sobre el origen del desorden en las relaciones entre los hombres cuando en la Carta a los Romanos dice que éstos, "jactándose de sabios se volvieron estúpidos" (Ro 1,22) porque rechazaron a Dios (Ro 1,18-23). Y Dios los entregó a las apetencias de su corazón (vv. 24-25), a pasiones infames (vv. 26-27), a su mente insensata (v. 28). Así, injusticia, perversidad, codicia, maldad, envidia, homicidio, contienda, engaño, chisme, ultraje, altanería, fanfarronería, rebeldía, insensatez, deslealtad, falta de amor y de piedad (Ro 1,29-31) provienen del rechazo que el hombre hace de Dios.

Esta reflexión le sirve al apóstol como punto de referencia para explicitar la necesidad que tiene el hombre de reconciliación. De justificación, dirá en este escrito, poniendo a Abraham como ejemplo. Para concluir que por la justificación, en Cristo, "estamos en paz con Dios" (Ro 5,1), "reconciliados con Dios" (Ro 5,10).

Pero este acontecimiento, nuevo y definitivo en la historia de la salvación, está antecedido por otros capítulos de misericordia y perdón

divinos que contrastan con el pecado del hombre.

2. PREPARACION HISTORICA DE LA RECONCILIACION EN CRISTO

2.1 La alianza de Dios con su pueblo

La alianza constituye el acontecimiento central del encuentro del hombre con Dios en la historia del Antiguo Testamento. Es la alianza con Abraham, Isaac y Jacob, la alianza mosaica, que da cohesión, sentido y dinamismo a su historia. Objeto de la elección divina, Israel es consciente de su compromiso, no sólo con Yahvé-Dios sino con el hermano.

La escritura subraya insistentemente esta experiencia:

“Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos de la tierra” (Ex 19,5).

“... y seré para vosotros Dios y vosotros seréis para mí un pueblo” (Lv 26,12).

“Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvé tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra” (Dt 7,6).

“Has hecho decir a Yahvé que él será tu Dios —tú seguirás sus caminos, observarás sus preceptos, sus mandamientos y sus normas

y escucharás su voz—. Y Yahvé te ha hecho decir que será su pueblo propio, como él te ha dicho —tú deberás guardar todos sus mandamientos” (Dt 26,17-18).

Como se deduce de estos textos, la alianza no es únicamente relación con Dios. Exige el cumplimiento de la Ley, cuya finalidad primordial es el orden de las relaciones entre los israelitas. Así, la alianza apunta simultáneamente a la exigencia de vivir en armonía unos con otros y a la posibilidad de comunión con Dios.

2.2 La llamada a la reconciliación en los profetas

La predicación de los profetas se caracteriza por la insistencia en el ofrecimiento de la salvación de Dios, recordando al pueblo y a sus gobernantes la alianza, y haciéndoles caer en la cuenta de su pecado, de su extravío, de su infidelidad, de su rebeldía.

Así, Samuel denuncia las faltas de Helí y de Saúl (I Sam 3,13-15); Natán las de David (II Sam 12), y, con la misma intención, Amós enumera los males de que ha sido víctima el pueblo, interpretándolos como una invitación de Dios a la conversión (Am 4,6-12). Para Isaias (Is 1-5) el pecado es una injusticia que afecta a la paz del país.

Y es que hacer conocer el estado de pecado es la tarea del profeta, conminando el enojo de Yahvé, pero también proclamando su misericordia. Oseas (Os 1-3), que sim-

boliza el pecado de Israel en la infidelidad de la esposa, destaca el amor con que el esposo acoge y perdona a la mujer arrepentida para un nuevo comienzo, para una reconciliación. En forma muy similar se expresa Jeremías (3,14). A la infidelidad y rebeldía de Israel se contraponen la fidelidad de Dios y su justicia, la oferta permanente de perdón y gracia. Condición para ello es la conversión, el apartarse de los crímenes y pecados y, en palabras del profeta Ezequiel, hacerse "un corazón nuevo y un espíritu nuevo" (cf. Ez 18, 30-32).

Pero ante la realidad del pecado, ante la experiencia vivida de imposibilidad para vencer definitivamente al pecado, surge como una luz la esperanza de una era mesiánica en la que sí se dará la posibilidad de liberación del pecado, de reconciliación.

Esta esperanza de una salvación definitiva es la que Isaías anuncia en el capítulo 11 y la que hace cantar al profeta un himno de alabanza por las maravillas que Yahvé realizará "aquel día" (Is 12).

Esta esperanza es, para Jeremías, la de una Nueva Alianza, ya no a partir de una ley externa sino de una ley grabada en el corazón del hombre. Es entonces cuando Yahvé olvidará el pecado de Israel y perdonará su culpa. Y cuando todos conocerán a Yahvé:

"He aquí que vienen días —oráculo de Yahvé— en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con

sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estragos en ellos —oráculo de Yahvé—. Sino que esta será la alianza que yo pacte (. . .): pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. (. . .) todos ellos me conocerán cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme" (Jer 31,31-34).

Esta esperanza será posible, al decir de Ezequiel, en virtud de un espíritu nuevo y de un corazón nuevo, en virtud, también, de la Alianza Nueva, en virtud del don del espíritu de Dios:

"Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36,26-28).

Por último, esta esperanza se hará realidad, en la perspectiva del Deuterocanónico, por el sufrimiento redentor del Siervo que toma sobre sí los pecados de los hombres y reconciliará a la humanidad pecadora con el Dios de amor. (Cfr. Is 42, 6; 49,6-7; 53,4-5).

La misión del Siervo es, en primer lugar, proclamar la justicia:

"He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones (. . .) no

se desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho” (Is 42,1-4).

y anunciar la salvación a todas las gentes:

“Te voy a poner por luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (Is 49,6).

Pero esta salvación podrá ser realidad en virtud del sufrimiento redentor del justo que toma sobre sí los pecados de los hombres. Este carácter de expiación que tiene la misión del Siervo (Is 52,13-53,12) se aplica a Jesús, el Cordero, que expía el pecado y libera al hombre del pecado reconciliándolo con Dios.

1.3 La predicación de Juan Bautista

En la línea de los profetas, la predicación del Bautista es una llamada a la conversión y un anuncio del perdón: es la cercanía del Reino, la proximidad de la era mesiánica que el pueblo espera.

La tarea del Precursor se resume en las palabras con que el ángel anuncia su nacimiento a Zacarías:

“... a muchos de los hijos de Israel les convertirá (ἐπιστρέψει) al Señor su Dios, e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones (ἐπιστρέψαι καρδίας) de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un

pueblo bien dispuesto” (Lc 1,16-17).

La conversión a Dios y el cambio (ἐπιστρέφω), como condiciones para la venida del Reino, constituyen el núcleo de la predicación de Juan Bautista.

Las características de ésta hay que enmarcarlas en el contexto de los movimientos penitenciales proféticos y apocalípticos del judaísmo, todos ellos de orientación eminentemente escatológica. Desde el período de los Macabeos existieron en las márgenes del río Jordán numerosos movimientos bautistas que anunciaban el fin inminente, y su llamada constituía una ocasión última de conversión y penitencia.

A este respecto escribe Schillebeeckx en La Historia de un Viviente:

“Situaciones socio-políticas de impotencia económica y, sobre todo, cultural y espiritual, y de pérdida de identidad, son siempre momentos en que nacen movimientos radicales de carácter mesiánico, movimientos que buscan un mundo nuevo e inminente porque el “mundo viejo” es insoportable. Nace un deseo ardiente de liberación y redención. Una situación tal de malestar despierta la fantasía y brotan imágenes utópicas de un mundo renovado, imágenes de un reino jamás visto de paz, de justicia, de felicidad y amor. El punto de cristalización de estos movimientos es una figura mediadora, portadora de salvación y de quien se espera un cambio total para una mejor situación”.

Observemos la descripción que los sinópticos ofrecen de la realización de la misión del Bautista:

“Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando (κηρύσσων) en el desierto de Judea: Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos (μετανοεῖτε ἡγγικεν γὰρ ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν)” (Mt 3,1-2).

“... apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando (κηρύσσων) un bautismo de conversión para perdón de los pecados (βάπτισμα μετανοίας εἰς ἄφεσιν ἁμαρτῶν)” (Mc 1,4).

“... y se fue por toda la región del Jordán proclamando (κηρύσσων) un bautismo de conversión para perdón de los pecados (βάπτισμα μετανοίας εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν)” (Lc 3,3).

Los tres señalan como finalidad de la predicación la llamada a la conversión: en Mateo “porque” (γὰρ) el Reino está cerca, en Marcos y Lucas “para” (εἰς) el perdón de los pecados.

Esta llamada a la conversión está acompañada de un gesto, respuesta de quienes se convierten:

“... y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados (ἐξομολογούμενοι τὰς ἁμαρτίας αὐτῶν)” (Mt 3,6 y Mc 1,5).

“Dad pues, frutos dignos de conversión” (Lc 3,8; Mt 3,8).

El bautismo y la confesión de los pecados, así como los frutos, pare-

cen expresar y manifestar la conversión, el comienzo de una nueva vida, especialmente los frutos, que equivalen a un cambio radical. Es así como en el evangelio de Lucas responde el Bautista a la pregunta que le dirigen las gentes (3,10), los publicanos (3,12), los soldados (3,14) que vienen a bautizarse: — τί ποιήσαμεν —, proponiendo a cada uno el cambio que deben operar consistente en evitar toda injusticia, en compartir con los más necesitados, en renunciar a las pretensiones; todo ello como disposición indispensable para acoger el Reino.

Y es entonces cuando los evangelistas presentan la irrupción del Reino en la persona de Jesús.

3. JESUCRISTO RECONCILIA-DOR

3.1. Jesús inaugura su predicación

Los evangelios de Mateo y Marcos señalan el comienzo de la predicación de Jesús con palabras muy similares a aquellas con las cuales se refieren a la predicación de Juan:

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar (κηρύσσειν) y decir: Convertíos porque el Reino de los Cielos ha llegado (μετανοεῖτε ἡγγικεν γὰρ ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν)” (Mt 4,17).

“Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba (κηρύσσων) la buena nueva de Dios: El tiempo se ha

cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos (μετανοεῖτε) y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,14).

Mientras Mateo repite las mismas palabras que corresponden a la predicación del Bautista, Marcos agrega la aceptación de la buena nueva, y de la cual es requisito la conversión, todo ello en la perspectiva del Reino.

Lucas ofrece un relato diferente y más detallado para la inauguración de la predicación de Jesús: en la sinagoga de Nazaret proclama el cumplimiento de la profecía de Isaías, a la vez que la proclama como opción (Lc 4,14-21).

“... me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

La misión que Jesús asume es, en las palabras de Isaías, anunciar la reconciliación y realizarla.

Para Juan, el comienzo de la vida pública de Jesús podría señalarse en la presentación que de él hace el Bautista a sus discípulos:

“Este es el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

La significación y alcance de esta expresión se comprende desde la teología del Siervo de Isaías: ambos —tanto el Siervo como Jesús— tienen una misma misión, consistente en abolir el pecado, reconciliar al hombre con Dios y con los otros.

Y es que Jesús no sólo anuncia el perdón y, como veremos, perdona al pecador, sino que hace realidad las expectativas de liberación del pecado concebidas en el Antiguo Testamento.

3.2 El Reino de Dios está aquí

Lo que los profetas habían anunciado como salvación futura se cumple en la persona de Jesús. “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca” exclama el evangelio de Marcos en la presentación de Jesús (Mc 1,14).

Porque en la persona y en la obra de Jesús, constatan los evangelistas, se realiza la era mesiánica esperada por el pueblo judío. Se trata de la irrupción de un nuevo orden (corazón nuevo, espíritu nuevo, alianza nueva, etc.) caracterizado por el señorío de Dios sobre el mundo.

3.2.1 Los milagros, signos de reconciliación

Los milagros son signos de la irrupción del Reino, del señorío de Dios, y signos de la liberación de toda esclavitud: liberación que corresponde a la opción mesiánica de Jesús tal como la presenta el Evangelio de Lucas en la inauguración del ministerio (Lc 4,16-55).

Leamos la curación del paralítico que narran los sinópticos, teniendo en cuenta el contexto más amplio en que este milagro se enmarca: el poder de Jesús.

Mateo presenta una relación de diez milagros cuyo orden denota el poder de Jesús sobre las enferme-

dades —curación de un leproso, del siervo del centurión, de la suegra de Pedro y de muchos enfermos y posesos— (Mt 8,1-17), sobre los fenómenos naturales (8,27), sobre los demonios (8,28-34) y, por último, sobre el pecado (9,1-8).

La curación del paralítico y el perdón, de sus pecados coinciden: son manifestación del poder (*ἐξουσία*) de Jesús y la curación, propiamente tal, demostración de dicho poder ante las críticas y el cargo de blasfemia que le hacían los escribas.

Es interesante que inmediatamente después de la curación del paralítico y del perdón de sus pecados, Jesús llama a un pecador, come con pecadores, cura a la hemorroísa, resucita a la hija de Jairo, cura a dos ciegos, a un poseído y el ciclo se cierra con una síntesis (Mt 9,35) que asocia la proclamación de la Buena Nueva del Reino y la curación de toda enfermedad y dolencia.

En el Evangelio de Lucas, la curación del paralítico está precedida, también, por varios milagros que manifiestan el poder de Jesús sobre los demonios —“Qué palabra ésta! Manda con autoridad y poder (*ἐξουσία καὶ δυνάμει*) a los espíritus inmundos y salen” (Lc 4,36)—, sobre las enfermedades, sobre las cosas materiales (Lc 5, 1-11) y sobre el pecado (Lc 5, 17-26). Luego Jesús invita a un pecador a seguirle y come en su casa, y ante las críticas de escribas y fariseos explicita el carácter de su misión: llamar a los pecadores a la conversión.

Marcos ofrece una estructura similar. Abre el ciclo con la llamada a la conversión (Mc 1,15) y una serie de curaciones que preludian el perdón del paralítico (Mc 2,1-12); cierra con el seguimiento de Leví y la reseña de la comida en su casa, que concluye con la explicación de Jesús de su interés primordial por los pecadores.

La curación de los leprosos, con la connotación que la lepra tenía de impureza, es signo de que Jesús puede limpiar toda impureza. El relato de la curación del leproso (Mc 1,40-45 y par), así como el de la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19) manifiestan este poder de Jesús. Respecto a este último texto, los Padres recurrieron a él muy frecuentemente para resaltar el papel del sacerdote en el sacramento de la penitencia.

La curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-40) es también ocasión para que Jesús dé a conocer el alcance de su misión: “Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven se vuelvan ciegos” (Jn 9, 39). La oposición ver - no ver corresponde al conjunto de las oposiciones joanas que significan conversión (cf. Jn 3,19).

La constante de los textos anteriores es el poder de Jesús sobre la enfermedad y sobre el pecado que trastornan la existencia del hombre. Este poder que ejerce Jesús está al servicio de la reconciliación. La recuperación de la salud es, por una parte, reconciliación del hombre consigo mismo y con la vida; por otra, reincorporación del individuo marginado por su enfermedad con

la sociedad, es decir, reconciliación con la sociedad. El perdón del pecado significa, igualmente, la reconciliación consigo mismo y con los otros, además del restablecimiento de la relación con Dios.

3.2.2 *Parábolas de la reconciliación*

En cuanto a las parábolas, su finalidad es propiciar la actitud de conversión mediante la identificación con la situación que la parábola pinta. Esta identificación suscita la experiencia de reconocimiento del propio pecado y de la necesidad de salvación, a la vez que pone en movimiento hacia el cambio.

Generalmente las parábolas se sitúan en el contexto de una polémica o de críticas y murmuraciones respecto a una actitud de Jesús.

Por ejemplo, la parábola de los dos hijos (Mt 21, 28-32) y la de los viñadores homicidas (Mt 21,33-46) están dirigidas a los sacerdotes y ancianos para hacerles caer en cuenta de las consecuencias de no aceptar el Reino, y les hace ver Jesús cómo los pecadores, por haber creído, sí entrarán en el Reino, mientras ellos no se arrepintieron cuando Juan predicó la conversión.

La parábola del banquete nupcial (Mt 22,1-14), la de los talentos (Mt 25,14-30) y la de las vírgenes necias (Mt 25,1-13), al igual que la descripción del juicio final (Mt 25, 31-55), utilizan un mismo lenguaje —el anuncio de las consecuencias finales— para que el hombre pecador se sienta movido al cambio.

Del Evangelio de Lucas, las parábolas del buen samaritano (Lc 10, 29-37), el rico Epulón y el pobre Lázaro (Lc 16, 19-31) o el fariseo y el publicano (Lc 18,9-14) ofrecen la contraposición de un comportamiento adecuado y otro inadecuado para hacer caer en cuenta, también, de la conveniencia del comportamiento adecuado.

También con una parábola, la de los dos deudores (Lc 7, 41-42), Jesús calla la censura de Simón el fariseo por haber acogido a una pecadora.

Pero sin lugar a dudas son las parábolas de la misericordia (Lc 15) las que con más precisión y riqueza describen la conversión del pecador y el perdón de Dios. Con ellas Jesús responde a las murmuraciones de escribas y fariseos porque se estaba mezclando con pecadores.

Estas tres parábolas presentan la recuperación de la oveja perdida, el hallazgo de la dracma y el regreso del hijo como ocasión de júbilo, de fiesta. A la vez manifiestan la solicitud del pastor, de la mujer, y del padre que se afanan y no desmayan hasta dar con lo que habían perdido. Las tres parábolas significan el amor misericordioso del Padre que busca al pecador y se regocija cuando éste vuelve:

“ . . . más alegría por un pecador que se arrepiente (μετανοῶντι) que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión” (Lc 15,7).

“ . . . se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo peca-

dor que se arrepiente (μετανοῦντι)" (Lc 15,10).

La parábola del hijo pródigo no concluye exactamente igual para señalar el motivo del regocijo: sin embargo la oposición "estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado" (Lc 15,32) indica muy a las claras la reconciliación del hijo que se celebra.

Mateo presenta un relato paralelo en la parábola de la oveja descarriada (Mt 18,12-14), perteneciente al capítulo que habla de la corrección fraterna y del perdón de las ofensas.

Estas tres parábolas de Lucas, junto con el relato paralelo que ofrece Mateo (Mt 18,12-14), en el capítulo que habla de la corrección fraterna y del perdón de las ofensas, bien podrían llamarse las parábolas de la reconciliación, pues es éste el aspecto que subrayan.

El mensaje de éstas y de las demás parábolas está referido a la experiencia de reconciliación, ya sea suscitando la conversión, ya sea destacando la misericordia y el perdón de Dios que sale a buscar al que se ha alejado y se alegra por el regreso del pecador.

3.2.3 Encuentros reconciliados

Los evangelios presentan repetidas veces a Jesús saliendo al encuentro del pecador, en actitud que forma parte de su misión:

"No he venido a llamar a conversión a justos sino a pecadores" (Lc 5,32).

"Porque no he venido a llamar a Justos sino a pecadores (Mt 9,13)

"El hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10).

El contexto de cada uno de estos logia son las murmuraciones de escribas, sacerdotes y fariseos porque come con pecadores.

El encuentro con la samaritana (Jn 4,6-42) es un ejemplo de llamada a la conversión: aprovechando un encuentro ocasional, prepara Jesús a la mujer para aceptarlo como el Mesías (=conversión), previa la corrección en secreto y el reconocimiento que ella hace de su pecado ("me ha dicho todo lo que he hecho"). Luego la mujer se constituye en testigo (=conversión).

El perdón de la pecadora que "se coló" en la fiesta de Simón el fariseo está en relación con la manifestación pública de arrepentimiento y de amor (Lc 7,36-50):

"... quedan perdonados sus pecados porque muestra mucho amor (ἀφένονται αἱ ἁμαρτίαι αὐτῆς)" (v.47).

Pero la declaración de Jesús "Tus pecados quedan perdonados (ἀφένονται σου αἱ ἁμαρτίαι)" suscita el escándalo de los presentes y la pregunta: "¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?". Y Jesús hace caso omiso de sus críticos y anuncia a la pecadora: "Tu fe te ha salvado. Vete en paz" (v. 50).

A la mujer sorprendida en adulterio la defiende de sus acusadores y la perdona (Jn 8,1-11):

“Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más” (Jn 8,11).

Zaqueo, otro pecador, se convierte en el encuentro con Jesús. Su vida cambia radicalmente y este cambio se expresa en su intención de reparación. Esta conversión es un don de Dios, equivale a la salvación (Lc 19,1-10):

“Hoy ha llegado la salvación a esta casa”.

El buen ladrón (Lc 23,39) se reconoce pecador, acepta el sufrimiento como expiación y pide perdón. La respuesta de Jesús a su petición. “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43) es una forma de expresar el perdón.

Al paralítico que le presentaron en Cafarnaúm (Mc 2,1-12 y par.), bajando la camilla por el techo, viendo su fe Jesús le dice;

“Hijo, tus pecados te son perdonados (τέκνον' ἀφίενται σοι αἱ ἁμαρτίαι)” (Mc 2,5).

Y ante las murmuraciones de los escribas. “¿Quién puede perdonar sino Dios?” responde curando al paralítico para probar ese poder.

La conversión de Pedro se produce cuando Jesús lo mira. Pedro manifiesta su arrepentimiento llorando amargamente (Mt 26,75). Judas, en cambio, acosado por el remordimiento, desespera y se ahorca (Mt 27,3-5).

El encuentro con Jesús trastorna radicalmente la existencia de quienes se acercan a él reconociéndose

necesitados. El hecho de sentirse acogidos posibilita un cambio de orientación para los publicanos y las mujeres a quienes se señalaba con el dedo, para el ladrón o para Pedro después de negar a su maestro. Unas palabras o una mirada de Jesús les devuelve la paz. Su vida cambia. Son reconciliados con ellos mismos, con los otros y con Dios que los perdona en la persona de Jesús.

3.2.4 Reconciliación y seguimiento

Y, por último, la conversión en la perspectiva del Reino, y del Reino presente en la persona de Jesús, entraña el seguimiento a su persona (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11), renunciar a sus bienes (Lc 14,33), hacer la voluntad del Padre (Mc 3,31-35), además del cambio radical que constituye la característica de toda conversión a Dios.

El Nuevo Testamento, particularmente Juan y Pablo, interpretan este seguimiento como novedad de vida en la comunión con Dios o en Cristo Jesús. Que es lo mismo que reconciliación.

Todo lo anterior permite concluir que la Buena Nueva de la reconciliación —perdón de Dios y conversión del hombre— es compendio del mensaje y condición del Reino.

4. LA COMUNIDAD RECONCILIADORA

4.1 La Iglesia inaugura su predicación

El libro de los Hechos de los Apóstoles narra el comienzo de la predicación de la Iglesia el día de Pentecostés. Pedro toma la palabra y proclama, con la fuerza del Espíritu, el kerigma fundamental: Cristo muerto y resucitado.

Lucas describe también la reacción de las gentes que aquel día escucharon al Apóstol:

“al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: qué hemos de hacer (τί ποιήσωμεν), hermanos? Pedro les contestó: convertíos (μετανοήσατε) y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados (εἰς ἄφεσιν τῶν ἁμαρτιῶν ὑμῶν) y recibiréis el don del Espíritu Santo (Act 2, 37-38).

Si se compara este pasaje con aquellos de los sinópticos que relatan la inauguración de la predicación de Jesús e incluso con la de Juan Bautista, se puede observar una estructura literaria muy similar y el énfasis que en todos se da a la conversión y al perdón. Juan Bautista proclama el bautismo de conversión para el perdón de los pecados y Pedro puede ya incluir en su llamada la novedad mesiánica: el bautismo en nombre de Jesús para el perdón de los pecados. Si el motivo para la conversión es la proximidad del Reino en los pasajes de los sinópticos, aquí el motivo es la persona de Jesús muerto y resucitado. Y un último aspecto es que sólo en Hechos se refiere al don del Espíritu.

En otro lugar (3,19) el Apóstol hace una invitación a la conversión después de la proclamación de la muerte y resurrección de Jesús. Pedro dice a los israelitas:

“Arrepentíos; pues, y convertíos (μετανοήσατε οὖν καὶ ἐπιστρέψατε) para que vuestros pecados sean borrados” (3,19).

La fórmula, aquí, resulta mucho más parecida a la de Juan Bautista. La gran diferencia sigue estando en el motivo de la conversión: la aceptación de Jesucristo, muerto y resucitado.

El libro de los Hechos también ofrece una descripción de las consecuencias de la conversión y del don del Espíritu en los primeros creyentes: son los tres cuadros o resúmenes (2,42-47; 4, 32-35; 5,12-16) que interrumpen el relato de los acontecimientos para dar una visión de conjunto sobre la vida, de la Iglesia naciente, y cuyo rasgo fundamental es la comunión (κοινωνία) que incluye tanto la comunidad de bienes —tenían todo en común, nadie llamaba suyos a sus bienes, ninguno pasaba necesidad—, como la comunión de espíritus —con un mismo espíritu, un solo corazón y una sola alma—.

Si el rechazo de Dios es causa de ruptura de la armonía y la comunión entre los hombres, la aceptación de su Espíritu produce nuevamente la comunión. Primeramente al transformar al hombre y al mismo tiempo perdonando su pecado. En segundo lugar al reunir a los hombres en comunidad y realizar en ellos la comunión. O sea que la

acción del Espíritu al integrar en la comunidad eclesial reconcilia a los hombres entre ellos y con Dios, en cuanto la comunidad es continuadora de la obra de Cristo.

4.2 Los discípulos de Jesús predicán la reconciliación

Si la comunidad de los creyentes y, concretamente los apóstoles, predica la conversión y el perdón, es porque tiene conciencia de que esa es su misión y que la ha recibido del mismo Jesús que es "quien concede la conversión y el perdón de los pecados" (Act 5,31).

Desde muy temprano la Iglesia reconoce como tarea que le ha sido encomendada por Jesús, proclamar la buena nueva de la salvación en Jesucristo, la buena nueva del Reino, la buena nueva del perdón y la reconciliación. Pero no sólo proclamarla, sino en cuanto mediadora de la obra de Cristo, hacer realidad la salvación, hacer realidad el Reino, hacer realidad el perdón y la reconciliación.

Por razones de exposición se tratará primero de la misión de proclamar la conversión, dejando para el punto siguiente el tema del poder conferido por Jesús a los apóstoles para perdonar los pecados.

4.2.1 Primeros textos de misión

Los Evangelios presentan la narración del envío de los discípulos y los apóstoles a anunciar la Buena Nueva. Esta narración de la Misión aparece en varias circunstancias y con diversas características, pero en

ellos hay, de una u otra manera, referencia a la conversión como elemento de la Misión que Jesús les confía.

En el relato que hace Marcos de la Misión de los Doce (Mc 6,7-13), después de darles poder sobre los espíritus inmundos y de darles las instrucciones sobre como realizar la misión, el pasaje concluye con la confirmación de cómo la llevaban a cabo:

"y yéndose de allí, predicaron que se convirtieran (ἐκήρυξαν ἵνα μετανοώσιν)" (Mc 6,12).

Lucas, en la perícopa correspondiente (Lc 9,1-5), menciona también el poder sobre los demonios y para curar enfermedades y el encargo de proclamar el Reino de Dios y curar. Al final de la misma, el evangelio constata que

"recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes" (Lc 9,6).

En el Evangelio de Mateo (Mt 10,1-16) aparece también la referencia al poder sobre los espíritus inmundos y las enfermedades. La misión de proclamar la cercanía del Reino de Dios está acompañada por el encargo de realizar los signos del Reino: curar enfermos, resucitar muertos, purificar leprosos, expulsar demonios.

Haciendo una comparación de los textos anteriores, se observa que si bien la predicación de la conversión es evidente en Marcos, Mateo y Lucas la suponen, ya que es la condición para aceptar el Reino

que los Doce tenían el encargo de predicar.

Por otra parte, el evangelio de Lucas presenta la Misión de los 72 (Lc 10, 1-12), a quienes Jesús escoge y envía. El anuncio de la cercanía del Reino y la curación de enfermos, forma parte de la misión. La llamada a la conversión quedaría incluida en el anuncio de la cercanía del Reino y como condición indispensable para su presencia.

Vale la pena detenerse en una de las recomendaciones que Jesús hace a los discípulos al enviarlos:

"En la casa en que entréis, decid primero: Paz a esta casa (εἰρήνη τῷ οἴκῳ τούτῳ)" (Lc 10,5).

Idéntica recomendación hace Jesús a los Doce en el texto de Mateo:

"Si la casa es digna, llegue a ella vuestra paz (εἰρήνη ὑμῶν ἐπ'αὐτήν)" (Mt 10,13).

Estas recomendaciones podían leerse con el saludo del Resucitado a los apóstoles: εἰρήνη ὑμῶν . . . εἰρήνη ὑμῶν (Jn 20, 19-21) y con la declaración de Jesús en casa de Zaqueo: "hoy ha llegado la salvación a esta casa" (Lc 19,9).

El alcance de este mensaje de paz de los discípulos bien podía entenderse como ocasión de reconciliación del hombre pecador mediante el encuentro con el discípulo de Jesús.

4.2.2. Textos postpascuales

En las últimas instrucciones del Resucitado a los Apóstoles también aparece muy a las claras la misión de predicar la conversión.

" . . . y se predicará en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones. . . " (Lc 24,47).

"Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará" (Mc 16, 15-16).

"Id pues y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 18-20).

Hacer discípulos (Mt), proclamar la Buena Nueva y creer (Mc) y predicar la conversión en nombre de Cristo (Lc), resultan términos equivalentes. Así como el perdón de los pecados (Lc) y el bautismo (Mt y Mc).

Común a los tres pasajes es la universalidad de la misión: a todas las gentes (Lc y Mt), por todo el mundo y a toda la creación (Mc). Recuérdese la destinación específica de la misión que el evangelio de Mateo hace a Israel en la Misión de los Doce (Mt 10,1-16) y compárese con esta apertura del horizonte de la evangelización.

Este cambio se refleja igualmente en la praxis de la comunidad. O, mejor, son simultáneos. El libro de los Hechos muestra la apertura de la trasmisión del mensaje hacia el mundo de los gentiles.

Y se puede constatar la conciencia progresiva de que la salvación en Jesucristo no es patrimonio de los judíos y que de ella también son destinatarios los gentiles, proceso que no se dio sin tropiezos ni dificultades.

Recuérdese, si no, las desavenencias entre los judaizantes y los partidarios de ir hacia los gentiles. A propósito de las críticas de los apóstoles de la Iglesia de Jerusalén a Pedro por haber tenido trato con paganos, el Apóstol les explica que lo hizo movido por el Espíritu y porque Dios "les ha concedido el mismo don que a nosotros" (Act 11,17). Los críticos de Pedro aceptaron la decisión y reconocieron:

"Así pues, también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida" (Act 11,18).

Subráyese aquí la finalidad de la conversión: la vida, y téngase en cuenta, por ejemplo, la finalidad del Evangelio de Juan: "Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20,30b), de donde es posible deducir la equivalencia conversión-creer.

El universalismo del anuncio de Cristo será una de las características de Pablo, el Apóstol de los Gentiles. Con ocasión del discurso en el Areópago dirá:

"Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia, anuncia ahora a todos los hombres que todos y en todas partes deben convertirse" (Act 17,30).

Y el mismo Apóstol, al despedirse de los presbíteros de Mileto y resumir en qué ha consistido su labor, destaca como parte de su predicación "el testimonio tanto a judíos como a griegos para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús" (Act 20,21).

También en la práctica de la Iglesia naciente se evidencian los frutos de la conversión. Y quienes la predicaban, indican el cambio de vida que es el fruto de la conversión a Cristo.

Dos textos nos sirven como testimonio de que la predicación primitiva conlleva la exigencia de un cambio de vida. Ambos son de San Pablo: el uno dirigido a los Gálatas (Gal 5,16-21) y el otro a los Tesalonicenses (I Tes 4,3-8). En el primero opondrá las obras de la carne y las obras del Espíritu: la opción por Cristo exige vivir según el Espíritu y renunciar a vivir según la carne. Y a los fieles de Tesalónica el Apóstol los exhorta a "vivir como conviene que viváis para agradar a Dios", como consecuencia de haber "abrazado la Palabra" y haberse "convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya" (I Tes 1,6-7). Si los Tesalonicenses se convirtieron a Dios tras haber abandonado los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero (cf I Tes 1,9), ahora Pablo les propone un modelo de vida que corresponde a la vida de santidad que es resultado de dicha conversión (I Tes 4,3-8).

4.2.3 La corrección fraterna

Y bien puede situarse en este contexto la recomendación muy clara y explícita que recoge el Evangelio de Lucas y Mateo. Se trata de la corrección fraterna (Lc 17,3-4; Mt 18, 15-18). El hecho de encontrarse esta recomendación inmediatamente después de la parábola de la oveja descarriada en el evangelio de Mateo (Mt 18, 12-14) subraya su carácter conversional. El discípulo tiene como tarea llamar a la conversión, al arrepentimiento (*μετανοήση* Lc 17,3) y perdonar.

El pasaje de Mateo ha dado lugar a serias discusiones, pues este evangelio incluye la intervención de la comunidad en la llamada a la conversión y la exclusión de la comunidad cuando el pecador no atiende, así como el logion "todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mt 18,18). De otra parte, se trata del pecado del hermano (=creyente), lo cual indica que la conversión a la persona de Jesús y el cambio de vida que ella supone es un proceso y hay lugar a recaída.

Sobre este pasaje de Mateo se ha dicho que parece reflejar una reglamentación del proceder dentro de la comunidad de los hermanos, en la comunidad mateana, ante una cuestión disputada o una trasgresión. Y que a esta regla, anotan los que han estudiado el tema, se le agregará más tarde el logion de Jesús (Mt 18,18), que corresponde al marco de las misiones eclesiales del Resucitado y sobre cuyo alcance volveremos más adelante, a pro-

pósito del poder de la Iglesia para perdonar los pecados.

4.3 Los Apóstoles de Cristo participan del poder de perdonar

4.3.1 El poder sobre el mal

El poder de Jesús sobre el mal (cf Mc 2,10 y par) es confiado por el mismo Jesús a sus apóstoles. Así lo narran los sinópticos a propósito de la Misión e Institución de los Doce:

"Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios" (Mc 3,15).

"Y llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos" (Mc 6, 7).

"Convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios" (Lc 9,1).

"Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad" (Mt 10,1).

El poder sobre el mal y sus manifestaciones que los Doce reciben como constitutivo de la Misión que Jesús les confía, hay que entenderlo desde el contenido mismo de la predicación que han de emprender. Este contenido fundamental es, según el Evangelio de Marcos, la predicación de la conversión, en Mateo es el anuncio de la cercanía del Reino de los Cielos y en Lucas

es, igualmente, la predicación del Reino de Dios.

Sobre el alcance y el significado de este poder se podría especular. Ciertamente indica que los Apóstoles pueden también realizar los signos del Reino, como prolongación en la comunidad de la presencia del Reino, como realización de la era mesiánica instaurada por Jesús.

4.3.2 *El poder de atar y desatar*

Las perícopas en que los Apóstoles reciben de Jesús el poder de perdonar se encuentran en los evangelios de Mateo y de Juan y señalan la participación de los Apóstoles en la misión misma de Jesús (Mt 16, 19; 18,18; Jn 20,21-23). Para Mateo el poder de "atar y desatar" (*δέειν-λύειν*) mientras que para Juan es claramente el de "perdonar y retener" (*ἀφήτε-κρατήτε*).

En dos lugares Mateo incluye el poder de atar y desatar: uno a propósito del primado de Pedro (16, 19) y el otro en el contexto de la corrección fraterna (18,18).

Mucho se ha escrito sobre estos versículos, particularmente sobre los términos "atar" y "desatar", los problemas literarios, su historicidad y repercusiones teológicas.

La expresión *δέειν-λύειν* es frecuente en la Escritura y en el uso rabínico puede significar esconder algo en un enigma y luego interpretarlo (Fn 5,12-16); librar del reato de culpa y pena (Eclo 3,17; II Mac 12,46); declarar autoritativamente en una discusión sobre la licitud o ilicitud de una acción, según el

uso rabínico; imponer una excomunión y levantarla, también del uso rabínico.

Todo parece indicar que la expresión mateana posee un sustrato rabínico, relativo a la práctica de la excomunión que implicaba juicio (atar) y absolución (desatar), así como de las reglas rabínicas que prohibían (ataban) y permitían (desataban); p. ej., el rabino podía desatar un voto, lo cual supone una cierta autoridad proveniente de la Ley.

El logion de Mt 16,19 pertenece al pasaje de la profesión de fe y el primado de Pedro. A este propósito recuérdese la posición privilegiada que el Evangelio de Mateo concede a Pedro. El confiar las llaves constitutivas, según los estudiosos, una investidura que lo hace depositario de la voluntad de Cristo y de la pertenencia a la Iglesia. Y el poder que Pedro tiene proviene de Jesús, quien, a su vez, lo recibe del Padre.

En cuanto al otro logion, conviene ubicarlo dentro del contexto del capítulo 18 de Mateo, que trata de una serie de problemas de la comunidad, y cuyo núcleo central es la preocupación por los más débiles el niño, el pecador— y su importancia: el niño es el mayor en el Reino, la oveja descarriada, la corrección fraterna y el perdón de las ofensas.

El v. 18 es paralelo de Mateo 16, 19, con la diferencia de que está en plural, y que es introducido por el *αμην*: es una palabra con autoridad.

El significado de la expresión $\delta\acute{\epsilon}\epsilon\omega\text{-}\lambda\acute{\upsilon}\epsilon\omega$ es el mismo que en Mateo 16, 19.

El plural supone un grupo de personas que no es la comunidad del v. 17, ya que entre los dos versículos se observa una clara ruptura. Lo más probable es que cuando Mateo escribe, su comunidad tiene una autoridad que preside y que actúa sacramentalmente, y que el plural del logion se referiría a quienes ejercen autoridad en la Iglesia. Si este versículo refleja una situación postpascual y, por cierto, muy tardía, refleja también la conciencia de la Iglesia de que lo que Pedro representa para la Iglesia Universal corresponde a lo que representan los jefes en las comunidades locales, y que el poder para "atar y desatar" recibido por Pedro de Jesús se extiende a los jefes de las comunidades como garantes y jueces de las condiciones de fe y vida para pertenecer al Reino.

4.3.3 *El poder de perdonar y retener*

El contexto del logion joaneo es una aparición postpascual. La misión que el Resucitado confía a los apóstoles incluye el poder para perdonar los pecados.

Este poder está unido al don del Espíritu, con lo cual la misión de los apóstoles continúa la misión de Jesús: "Como el Padre me envió. . ."

Respecto a su estructura literaria, por su construcción parece ser un intento de formular en griego una sentencia aramea. Sin embargo,

pertenecería a una tradición diferente de la de Mateo, lo cual no impide que se observe una equivalencia entre la expresión atar - desatar, perdonar - retener.

El alcance de este texto desborda el perdón sacramental para referirse a una misión más amplia de la Iglesia: la salvación de la humanidad.

Desde el siglo III se aplica este logion al perdón de los pecados postbautismales, y los Padres interpretaron el carácter simultáneamente bautismal y penitencial. En la interpretación Luterana clásica lo penitencial se identifica con lo bautismal.

4.4 La comunidad de salvación

Desde el primer momento la Iglesia tiene conciencia de ser mediadora de la salvación de Cristo Jesús, y de que en ella continúa actuando Cristo Resucitado. Es así como comprendió que debía hacer frente a las nuevas situaciones que se iban presentando.

Si, por una parte tenía la certeza de ser la realización de la comunidad escatológica y que, por lo tanto, en ella no podía haber pecado, por otra constataba que el pecado reinaba en la comunidad de los bautizados, que el fervor inicial suscitado por la conversión a Cristo no bastaba y que resultaba indispensable una renovación del acontecimiento salvífico de la conversión bautismal.

Los hechos de los apóstoles y las Epístolas permiten conocer cuál

era esta experiencia de la Iglesia y las formas como se buscaba solución para el fenómeno de la presencia del pecado en la comunidad de los santos. . .

En primer lugar, encontramos, el pecado no tiene cabida en la comunidad de creyentes porque, escribe San Pablo, "los santificados en Cristo Jesús" están llamados a ser santos" (I Cor 1,2), "sois santuarios de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros" (I Cor 3,16-17), "por gracia habéis sido salvados" (Ef 2,5).

Es, pues, la acción de Dios en el hombre —la Gracia— la que opera el cambio y también la que mantiene al hombre en esa nueva vida que ha tomado al optar por Cristo. Es Dios que salva al hombre por Jesucristo:

"Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— y con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús" (Ef 2,4-7).

"Al que es capaz de guardaros inmunes de caída y de presentarnos sin tacha. . . al Dios único, nuestro Salvador por medio de Jesucristo" (Jud 24).

"Hijos míos, escribo esto para que no pequéis, pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino por

los del mundo entero" (I Jn 2, 1-2).

Lo cual deja entrever que aunque el pecado es impensable en la Iglesia, hay la posibilidad del pecado y del perdón, siempre por mediación de Jesucristo.

Pero vale la pena detenerse en cómo la primera Epístola de Juan reflexiona al respecto.

La comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo que I Juan equipara con "caminar en la luz" implica que no se puede "caminar en tinieblas". Y explicita las consecuencias:

"Pero si caminamos en la luz estamos en comunión unos con otros y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado (. . .) Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia" (I Jn 1, 7-9).

La Epístola no sólo admite el pecado —y parece ser el pecado postbautismal— sino que hace ver que miente el que dice que no tiene pecado (cf 1 Jn 1,10).

En otro lugar, la misma Epístola recalcará la impecabilidad de los hijos de Dios y el motivo es la reconciliación realizada en la persona de Jesucristo.

"Y sabéis que El se manifestó para quitar los pecados y que en él no hay pecado. Todo el que permanece en El no peca. Todo el que peca ni lo ha visto ni conocido. Hijos míos, que nadie os

engañe. Quien obra la justicia es justo, como El es justo. Quien comete pecado es del Diablo. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo. Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su germen permanece en El : y no puede pecar porque ha nacido de Dios" (I Jn 3, 5-10).

La conciencia de ser comunidad de los santos, como posibilidad, en contraste con la realidad del pecado presente en ella, lleva a la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, a reconocerse ante todo como la comunidad de los hombres necesitados de salvación.

Lo cual se manifiesta en la evidente preocupación por la pureza de la comunidad y la necesidad de encontrar mecanismos para lograrla. Es imprescindible luchar contra el pecado (Cf. Heb 12, 1-4, 14-16; I Jn 5,16).

Otra forma de buscar la pureza de la comunidad podría ser la corrección fraterna, propuesta por Jesús, según el testimonio de los Evangelios de Mateo y Lucas (Lc 17, 3-4; Mt 18,15-18), y que parece ser práctica común en las primeras comunidades, según lo evidencian los escritos del N.T.

La encontramos, por ejemplo, en las palabras de Pedro a Simón el Mago:

"Arrepiéntete, pues, de tu maldad y ruega al Señor a ver si te perdona ese pensamiento de tu corazón" (Act 8,22).

O en la recomendación de Pablo a los Gálatas:

"Hermanos, cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros los espirituales corregidla con espíritu de mansedumbre" (Gal 6, 1).

Y a los presbíteros en la I Epístola a Timoteo:

"A los culpables, repréndelos delante de todos, para que los demás cobren temor" (I Tim 5, 20).

También en el caso del incestuoso de Corinto (I Cor 5, 1-13; II Cor 2, 5-11), donde se observa la práctica de la corrección y la exclusión de que habla el texto de Mateo, ambas como parte del proceso requerido para obtener el perdón.

Podemos, aquí, subrayar cómo la Iglesia se experimenta simultáneamente como la comunidad de los santos y de los hombres necesitados de salvación. Así mismo que, en cuanto ella es medio de reconciliación y salvación, debe luchar contra el pecado que hay en ella. Por eso llama al pecador a la conversión—segunda conversión— y perdona, y este proceso parece ser la primera forma histórica del Sacramento de la Reconciliación.

5. REFLEXION NEOTESTAMENTARIA SOBRE LA CONVERSION Y SUS CONSTITUTIVOS

5.1 El lenguaje de la conversión y del perdón en el N.T.

Dos términos sirven para expresar en el N.T. la experiencia de la

conversión: *μετάνοιεν* y *ἐπιστρέφειν* los cuales traducen el hebreo *nhm* y *šub*, y ciertamente su significación deriva de la del A.T.: conversión del pecador a Dios, vuelta dinámica a Dios, cambio del corazón.

En su versión al griego el concepto —mejor la expresión de la experiencia— sufre un notable empobrecimiento, y aún más en los términos que llegan a nosotros: convertirse, hacer penitencia, arrepentirse.

La anterior observación de lo textos indica que la palabra *μετάνοια*, *μετάνοειν*, es muchísimo más frecuente que *ἐπιστρέφειν*.

En cuanto a la terminología del perdón, el N.T. utiliza la palabra *ἀφαισις-ἀφιημι*, a excepción del Evangelio de Mateo, donde aparece la expresión *δέειν-λύειν* (atar-desatar) a propósito del poder conferido a Pedro y a la Iglesia para perdonar.

También es claro que el llamamiento a la conversión pertenece al núcleo de la predicación de Cristo y de la Iglesia, aunque la palabra no siempre se utiliza. Ya hemos visto cómo se observa una evolución en la comprensión, desde la conversión hasta la fe, el seguimiento de Cristo e incluso la adhesión a Cristo en la comunidad de los creyentes. Esta evolución explica la diversidad de estos términos así como su equivalencia en el conjunto del N.T.

Cada uno de los autores del Nuevo Testamento presenta sus propias características, sea en cuan-

to al lenguaje, sea en cuanto a los intereses particulares y a su intencionalidad.

5.1.1 *El lenguaje de los sinópticos*

Así, Mateo es el único que recoge las palabras de Jesús sobre hermanos pecadores y la actitud de la comunidad (18, 15-18), así como el logion de Jesús del poder de perdonar los pecados (116, 18; 18, 18). Todo el capítulo 18 de Mateo ofrece una clara preocupación por la conversión y el perdón: “si no cambiáis y os hacéis como niños”, (Mt 18, 3), la oveja descarriada, la corrección fraterna, el poder de perdonar los pecados en la comunidad, el perdón de las ofensas.

Marcos utiliza la palabra conversión a propósito de la predicación del Bautista, del comienzo del ministerio de Jesús, de la Misión de los Doce, y la cambia por “creer” en el envío de los apóstoles después de la Resurrección.

Lucas demuestra especial interés por la conversión del pecador y el perdón de sus pecados. Su evangelio ofrece pasajes que ningún otro incluye, como las parábolas de la misericordia, la de los dos deudores, la del publicano, la conversión de Zaqueo, y la pecadora perdonada.

En el libro de los Hechos, Lucas deja ver que la conversión forma parte fundamental de la temática de la predicación primitiva, y que el perdón de los pecados es asumido por la comunidad en cuanto prolongación de la presencia de Cristo.

5.1.2 *El lenguaje joaneo*

Juan no usa ni una vez la palabra *μετάνοια*. Sin embargo sus oposiciones denotan la invitación al cambio, y al cambio radical que el evangelista va a denominar nuevo nacimiento (Jn 3).

Luz-tinieblas, muerte-vida, verdad-mentira, odio-amor, mundo-Dios, Reino del pecado-Reino de Cristo, son otras tantas maneras de referirse al cambio radical que se opera en el hombre al aceptar la salvación que viene de Dios, es decir, al aceptar a Jesucristo.

Juan, en cambio, es el único que emplea la expresión "cordero de Dios" para referirse a la persona y a la obra de Jesús. Igualmente, es el único que recoge la potestad (conferida por Jesús a los Apóstoles) de perdonar y retener los pecados (Jn 20, 21-23).

5.1.3 *El lenguaje paulino*

Pablo utiliza las palabras *μετανοειν* y *επιστρειν*. Por ejemplo, cuando señala a los judíos como objeto de la cólera divina (Ro 2,1-10) por no haber reconocido la bondad de Dios que "impulsa a la conversión" (*εις μετανοιαν*), o cuando se refiere a lo que se opera en el creyente cuando "se convierte a Dios (*επιστρέψη προς κύριον*)" (II Cor 3,16), o sencillamente al hecho mismo de la conversión: "y cómo os convertisteis a Dios (*επεστρέψατε προς τον Θεον*)" (I tes 1,9).

Sin embargo, son mucho más frecuentes otras expresiones y giros

para significar tanto la conversión y la gracia de esa conversión como el perdón de los pecados por obra de Cristo:

"... he muerto a la Ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2, 19-20).

"Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios. Y tales fuisteis algunos de vosotros. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (I Cor 6, 9-11).

"Porque nada cuenta, ni la incircuncisión, sino la creación nueva" (Gal 6, 15).

"... la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. Con cuánta más razón, pues, justificados por su sangre, seremos por él salvos de la cólera! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con cuánta más razón estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!" (Ro 5, 8-10).

Estos ejemplos de los escritos paulinos subrayan la cristocentrici-

dad de una misma experiencia expresada como justificación, santificación, reconciliación, muerte-vida, creación nueva, incorporación a Cristo. El consiguiente cambio radical del comportamiento es, para Pablo, una constante: ser cristiano equivale a una novedad de vida.

5.1.4 *El lenguaje de la Carta a los Hebreos*

La Epístola a los Hebreos destaca también que de Cristo es de quien proviene todo perdón. Para resaltar la importancia del sacrificio único de Cristo hace notar cómo los sacrificios de los sacerdotes no pueden borrar los pecados y dice:

“El, por el contrario, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio. . . En efecto, mediante una sola oblación he llevado a la perfección para siempre a los santificados. También el Espíritu Santo nos da testimonio de ellos, porque después de haber dicho “Esta es la Alianza que pactaré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones y en su mente las grabaré”, y añade: “y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya. Ahora bien, donde hay remisión de estas cosas ya no hay más oblación por el pecado” (Heb 10, 12-18).

5.2 Interpretación neotestamentaria de la obra de Jesús desde la perspectiva de la reconciliación

En la reflexión que la comunidad cristiana primitiva hace del aconte-

cimiento de Jesús y las características de su misión, ocupa lugar particularmente significativo la dimensión del perdón.

Mucho de lo que hasta ahora hemos visto a través de los escritos del NT son muestra de esta reflexión, y en ella se observa —también lo hemos visto— una cierta evolución no sólo en los términos empleados sino en su significado mismo.

Es así como en un comienzo la conversión y el consiguiente perdón son requisitos para que el Reino pueda realizarse, y luego lo serán para “pertenecer” a ese Reino o a la comunidad de los creyentes.

Ahora bien, en cuanto al Reino es el cumplimiento de las expectativas mesiánicas, su irrupción entre los hombres implica no sólo el perdón sino también la liberación del pecado. Es en esta perspectiva donde se ubica la invitación del Señor a la conversión del pecador y el perdón de su pecado que le ofrece. Si, por una parte, el pecado es obstáculo para la realización del Reino, y si, por otra, es a-versión a Dios, ruptura con Dios, la obra de Jesús es interpretada simultáneamente como posibilidad de realización del Reino y de reanudación de esa relación rota entre el hombre y Dios. Vale decir, de reconciliación.

Entonces, cuanto el NT diga acerca de la salvación y la liberación, naturalmente de la conversión y del perdón, de la renovación del hombre y del mundo, de la obra de reconciliación y expiación de

Cristo Jesús, de la renovación del hombre y de toda la creación por la obra del Espíritu, del hombre nuevo, de la vida nueva, de la creación nueva, pertenece a la interpretación que la Iglesia Apostólica elaboró acerca de la obra de Cristo desde la perspectiva de la reconciliación y son aspectos o expresiones diversas de la misma y única experiencia de comunión que en la persona de Jesucristo se hace nueva y definitivamente posible.

Sin embargo, es preciso reducirnos a un "muestreo" de los textos que hacen referencia más explícita al tema que nos ocupa, destacando aquellos lugares del NT que interpretan la obra de Jesús como expiación de los pecados, reconciliación del hombre con Dios y renovación del hombre.

Pero antes es preciso ocuparnos, así sea someramente, de la salvación y la liberación.

5.2.1 *Salvación y liberación*

Traer la salvación al mundo es, primordialmente, la misión de Jesús, salvación que incluye al pecador y a su pecado, al mundo y al pecado del mundo; salvación que implica, además, liberación del mal. Así, los milagros son salvación de Dios porque liberan y salvan al hombre de la enfermedad, de los poderes del mal, del pecado. Igualmente, el encuentro de Jesús con el hombre necesitado de salvación es acontecimiento de salvación: acoger a Jesús es acoger la salvación.

El anuncio a los pastores en Lucas —"hoy nos ha nacido el sal-

vador" (Lc 2,11)— y el anuncio del ángel a José en el evangelio de Mateo —"porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21)— indican cómo en la reflexión teológica de la comunidad de los creyentes, la finalidad de la obra del Mesías es percibida como la salvación del mundo. Salvación que es, ante todo, salvación del pecado.

Por eso, con su vida Jesús libera del pecado: es el "cordero de Dios que borra el pecado del mundo" (Jn 1,29), dirá el Cuarto Evangelio. Pero también el mismo Jesús proclama, como objetivo de su misión "dar su vida como rescate (λύτρον) por muchos" (Mt 20,28), al decir del evangelio de Mateo, y de la muerte a la cual se entrega: "porque esta es mi sangre que será derramada por muchos para perdón de los pecados (εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν)" (Mt 26,28).

Y que esta debía ser la conciencia de la Iglesia primitiva lo subraya Pablo en su predicación —"Cristo murió por nosotros" (Ro 5,8)—, y muy especialmente en el kerigma que él recoge y proclama:

"Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó. . ."
(I Cor 15, 3-4).

Pero San Pablo hace notar que no es sólo por la muerte, si no por la resurrección, pues agrega, unos versículos más adelante:

"Y si Cristo no resucitó. . . estáis todavía en vuestros pecados" (I Cor 15, 17).

En este carácter expiatorio de la obra de Jesús se observa una evi-

dente referencia a la misión del Siervo, especialmente en la Primera Carta de Pedro:

"... llevó nuestros pecados en su cuerpo a fin de que muertos a nuestros pecados viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados. Eráis como ovejas descarriadas pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas" (I Pe 2,24-25).

Pero también en otros lugares la reflexión sigue un curso similar:

"Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros" (Gal 3,13).

"Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo" (Heb 2,17).

Ahora bien, esta expiación es simultáneamente liberación del pecado, reconciliación del hombre con Dios.

La liberación es, en la teología paulina, fruto de la participación en el misterio pascual por el bautismo en Cristo: morir al pecado, morir al hombre viejo, morir con Cristo, para ser liberado del pecado, vivir para Dios en Cristo Jesús. Así desarrolla San Pablo la teología del Bautismo en el capítulo 6 de Romanos, destacando una y otra vez que el cristiano ha sido liberado por la gracia de Cristo.

5.2.2 *La reflexión paulina sobre la reconciliación*

El vocablo reconciliación (*καταλλάσσω*) sólo aparece en las cartas de San Pablo, a pesar de ser dimensión que recorre las páginas del Nuevo Testamento.

Esta reconciliación del hombre con Dios es obra de Dios en la persona de Jesucristo, cuya "reprobación ha sido la reconciliación del mundo" (Ro 11,15). En la II Corintios escribe:

"Todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación" (II Cor 5, 18-19).

Los apóstoles y discípulos, es decir, la Iglesia como comunidad de creyentes, ejerce el ministerio de la reconciliación y los ministros son mensajeros de la palabra de la reconciliación:

"Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!" (II Cor 5,20).

O portadores del Evangelio de la paz (Ef 6,15) que es el evangelio de la reconciliación. La buena noticia de que ha terminado la era de separación y todos los hombres están integrados en "un solo cuer-

po" (Ef 2,16) por Jesucristo que es nuestra paz.

"Porque él es nuestra paz: el que de dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba (. . .) para crear en sí mismo un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo" (Ef 2,14-15).

"A vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprehensibles delante de él; con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio. . ." (Col 2,21-23).

Este himno cristológico de Colosenses sintetiza la experiencia que la Iglesia naciente vive de la expiación y la reconciliación en su perspectiva humana y cósmica:

". . . y reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos" (Col 2,20).

Porque en Cristo, el ideal original se hace realidad. El es la nueva creación. En él, la armonía y comunión de los orígenes resulta posible: armonía de las relaciones entre los hombres en razón de la Nueva Alianza; armonía del Hombre Nuevo transformado por el Espíritu; comunión de la pareja en el amor a imagen de la unión de Cristo y de su Iglesia (Ef 5,32); comunión del

hombre con Dios como Hijo en el Hijo; armonía y comunión del hombre con la naturaleza como Señor.

CONCLUSIONES

1. El proyecto humano de espaldas a Dios destruye la comunión del hombre con Dios y con los otros. Pero Dios llama insistentemente al hombre para ofrecerle la posibilidad de reconciliación.

2. El anuncio de la salvación de Dios está íntimamente ligado, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, a la exigencia de *μετάνοια* (conversión, penitencia), es decir, cambio de vida. Este anuncio caracteriza la predicación de los profetas, la predicación del Bautista, la predicación de Jesús, la predicación de la comunidad, y es constitutivo de la reconciliación.

3. La realización de la salvación de Dios significa la soberanía de Dios sobre las fuerzas del mal y muy concretamente sobre el pecado. De ahí la constante en la obra de Jesús: "buscar y salvar lo que estaba perdido", exorcizar demonios, curar enfermos, llamar a los pecadores y concederles el perdón, además de que muere por los pecados de los hombres. Y, si por una parte, Jesús anuncia la disposición de Dios a la reconciliación, manifiesta a la vez que él tiene el poder para perdonar.

4. En la primera Iglesia, la buena nueva de la salvación incluye la proclamación del perdón de los pecados y la invitación a una nueva vida. Esta nueva vida equivale a la

que es novedad de vida en el Espíritu Santo, participación en la resurrección de Cristo, y por lo tanto, paso de la muerte a la vida.

5. En esta perspectiva, el Bautismo es respuesta del hombre a la iniciativa de Dios y el dinamismo que permite —por el don del Espíritu— realizar esa novedad de vida. Es manifestación de la conversión como seguimiento del Señor en la comunidad de los discípulos.

6. La Iglesia naciente se experimenta como llamada a ser la comunidad de los santos, y por ello el pecado es sencillamente inadmisibles. Sin embargo tiene que admitir que los bautizados producen malos frutos, que caen, que hay pecado en la comunidad.

7. Vemos también que la primera comunidad cristiana es una comunidad en continua conversión. De ahí la llamada a una permanente purificación, a luchar contra el pecado, a reconocer la culpa, a confiar en la misericordia de Dios, a

orar unos por otros, a la reconciliación y al perdón. Ello porque el hombre no puede expresar en un solo acto y de una vez para siempre la identificación de su proyecto de vida con el plan de Dios.

8. La manifestación de la conversión —de la conversión bautismal y de la segunda conversión— no es en la praxis de la Iglesia del Nuevo Testamento un acontecimiento individual: es acción de Dios y respuesta del hombre en la comunidad eclesial, e incluye tanto el Bautismo como el resto del proceso conversional.

9. El mensaje neotestamentario de la *μετάνοια* y del perdón de los pecados es la base común del sacramento del bautismo y de la penitencia. De donde se deduce la íntima relación Bautismo-Penitencia como elementos de un único proceso de conversión del hombre a Dios por obra de la Gracia de Jesucristo en la Iglesia que lo reconcilia con Dios, con los otros y consigo mismo.